

# Invisibilidad de las mujeres en algunas novelas manabitas del siglo XX

NARCISA REZABALA ZAMBRANO  
Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí  
Ecuador

## Resumen

A su llegada al señorío de Cancebí, en Manabí, Diego de Almagro fue testigo del poder de la “Cacica viuda de Tosagua” (Regalado, 2014, p. 149)<sup>1</sup>, quien era la esposa del Cacique de Tosagua y que asumía el poder a la muerte de aquel; este hecho nos habla de la importancia que en Manabí tuvo la mujer, por lo menos en algunas zonas de la región. Varios siglos después, esta presencia de las mujeres hoy se visibiliza en espacios públicos como: dignidades provinciales, legislativas, políticas y profesionales. Sin embargo, la contradicción entre la injerencia de la mujer en la sociedad y su escasa representación en el discurso histórico y literario es una de las tradiciones letradas de Manabí. A partir de esta desavenencia, se busca indagar en las maneras en que se simplificó, se redujo y se invisibilizó al personaje femenino en algunas novelas de la región, al rastrear el proceso por el cual el prestigio letrado fundacional al que alude Ángel Rama, devino falocentrismo que se evidencia en algunas obras de la provincia. Así mismo, según las formulaciones de Jacques Derrida, Hélène Cixous y Marcela Lagarde, como punto de partida, se responden algunas interrogantes planteadas: ¿De qué manera la novelística hiper-masculinizada de Manabí contribuye a la invisibilidad de las mujeres? ¿Cómo podría la literatura retomar los espacios diferenciados que han influido sobre las dinámicas de género? ¿Qué incidencia tiene la sumisión de estos personajes femeninos en la construcción de estereotipos, tanto de mujeres como el de una masculinidad tradicional?

**Palabras claves:** invisibilidad, falocentrismo, sumisión, patriarcado, estereotipos

## Abstract

Upon the arrival at Manor Cancebí in Manabí, Diego de Almagro was witness of the power of “Cacica Tosagua widow” (Regalado, 2014, p 149), who assumed power after the death of her husband; this fact tells us about the

importance a women had in Manabí, at least in parts of the region. Several centuries later, the presence of women today is viewed in public positions such as: provincial, legislative, policy and professional dignitaries. However, the contradiction between the interference of women in society and their limited representation in the historical and literary discourse is one of the literate traditions of Manabí. Starting from this disagreement, this article seeks to investigate the ways in which was simplified, reduced, and still invisibilized the female character in some novels of the region, by tracking the process by which the literate foundational prestige that Angel Rama alludes, became phallogocentrism which is evidenced in some plays of the province. Taking the formulations of Jacques Derrida, Hélène Cixous, and Marcela Lagarde, as the starting point of this reflection, some questions were answered: How does the hyper masculinized Manabí novel contributes to the invisibility of women? How could the literature rescue the different spaces that have influenced the dynamics of gender? What impact has the submission of these female characters in the construction of stereotypes, both women, like a traditional masculinity?

**Key words:** invisibility, phallogocentrism, submission, patriarchy, stereotyping

Desde el análisis de algunas novelas manabitas cuyos autores, no por coincidencia, son todos hombres, ya que en esta época la palabra letrada era potestad de ellos, busco responder a las interrogantes planteadas. Para ello analicé las novelas: *La mujer que nació así* (1927); *Un hombre y un río* (1957) ambas de Horacio Hidrovo Velásquez, y *La mula ciega* (1970) de Oswaldo Castro, los cuales invisibilizan el deseo y la agencia femenina en los personajes de las mujeres manabitas.

Las novelas mencionadas reducen el papel femenino al mundo doméstico, donde cumplen roles como: esposa-madre, compañera bella y sumisa. Desde otro ángulo, la mujer es el objeto de placer y medio de reproducción de vida y costumbres de la región. Tangencialmente, se les niega a los personajes femeninos profundidad psicológica y complejidad de carácter en relación con la trama en la que están insertas.

La obra *La mujer que nació así*, de Hidrovo, relata la desdicha de una mujer que nace sin himen, algo que ni la ciencia puede explicar, según lo alega la misma novela. Consuelito es la protagonista, quien creció en un buen ambiente, fue una niña bien cuidada, admirada por su pureza e inocencia. Cuando tiene relaciones sexuales por primera vez y no sangra, es aborrecida por su amante Jorge Rosas quien, producto del machismo imperante, la ve como cosa incompleta al no tener esa parte del cuerpo que, según el relato, es tan importante para los hombres manabitas. Esta novela se presenta como una tragedia cuando la partera, al recibir a la niña, dice: “¿Cuál será tu estrella? y examinó de Consuelito todo sin observar la falta de algo (...) que podría reclamarse a la Naturaleza con un grito terrible de dolor” (Hidrovo, 1982, p. 24).

*La mula ciega*, de Oswaldo Castro, describe sucesos localizados en Santa Ana, un cantón de la provincia de Manabí. Arturo, el protagonista, es el futuro heredero de la finca de su padre. El muchacho tiene ensoñaciones con un mundo fantástico en el que una mula ciega y vieja de la finca adquiere propiedades humanas espirituales. Su fantasía se respalda en un relato mítico, según el cual la mujer infiel o desobediente era castigada a vivir cien años como un animal ciego. Al cabo de la sentencia, este animal-mujer conocería a un hombre que la rescatara. A partir de sus sueños, Arturo cree ver en la mula ciega la encarnación de la princesa de la luz y luego de manera insólita la reconoce en Panchita Mieles. Panchita tenía mala reputación en el pueblo porque al ser abusada en una noche de fiesta, cedió al deseo propio y ajeno. Este personaje femenino resulta inverosímil por la autonomía que adquiere esta muchacha, quien sale de la casa paterna para desenvolverse sola en un pueblo pequeño. Panchita y Arturo se enamoran y a instancias de él huyen a Galápagos. En Galápagos viven su romance, pero muy pronto Panchita se da cuenta de que se había dejado llevar por un proyecto que no era suyo y, cuando reacciona, es muy tarde, se habían debilitado y mueren por el aislamiento al que se condenaron.

En *Un hombre y un río*, el protagonista es Celestino Vínces, quien representa al montubio manabita. Su esposa Casilda y su hija Rosaura son personajes que pasan inadvertidos en la novela. El episodio que me interesó considerar es aquel cuando el cacique del pueblo, para aleccionar a Celestino por una desobediencia, viola a su hija Rosaura. Esta situación hace que él sienta vergüenza y la obliga a irse de su casa. Las condiciones morales del entorno no favorecían a la mujer ya que aun por un acto involuntario, los hombres sienten que ella había deshonrado a la familia.

Estas tres novelas, publicadas entre 1927 y 1970, retratan las condiciones patriarcales del siglo XX en la provincia de Manabí. La trama y el desenlace de estas narrativas reflejan la subjetividad tanto de los autores manabitas, como de su público lector. En todas ellas, la crisis del prestigio y de la honra masculina ocurren en el cuerpo de la mujer como extensión o espacio vicario de la identidad del hombre. No se considera el dolor y la humillación del personaje femenino; simplemente ella queda invisibilizada como persona, no tiene agencia o posibilidad como sujeto deseante.

### **La imposibilidad de agencia en los personajes femeninos**

Si por agencia entendemos cuando una persona decide y actúa en base a su voluntad y autonomía, las mujeres de estas obras literarias no la tienen, se muestran pasivas ante los sucesos, debido a que la naturaleza de su entorno y el sistema dominante no les permite cambiar. Los eventos narrados en estas novelas evidencian el rol pasivo de los personajes femeninos que invisibiliza a las mujeres. Los personajes de los textos citados, por decisión de sus autores, no tuvieron la agencia para enfrentar a los abusadores, simplemente fueron cuerpos pasivos a las órdenes y deseos del otro.

En la obra *La mujer que nació así*, la dinámica entre géneros está retratada entre la pasividad de Consuelito y los temores de Jorge Rosas, su novio. Rosas desconfía de la mujer y el terror a entregarse lo lleva a dominarla. En la obra se describe la frustración de Rosas porque recordaba el sufrimiento de su madre; de allí sus miedos a ser padre de un hijo que, como él, no tuviera hogar. Esto ocasiona una lucha en su interior por poseer el cuerpo de Consuelo, al mismo tiempo que temía repetir la historia de su madre:

Tras ese razonamiento, venía el tropel de argumentos contrarios: la volubilidad de la mujer, el peligro de una traición efímera, la esclavitud para siempre cuando la ilusión se muere tras los primeros tiempos y tantos más, tanto que le llenaba de dolor. No, a cumplir, a gozar, a olvidarse de todo para estar con ella. (Hidrovo Velásquez, 1927, p.82)

La reacción del amante es producto de sus miedos. Miedo a *desapropiarse* de su yo, debido a que lo masculino tiene una relación más conectada y estrecha con lo propio. La feminidad tradicional se construye a partir de las dádivas de la mujer: la maternidad nutricia, la abnegación que supone deponer los deseos propios en aras de las necesidades de hijos, hermanos, padres, esposos; no así la masculinidad tradicional exenta de este ejercicio de “desapropiación” (Cixous, 1995).

La tragedia anunciada al inicio de esta novela sucede cuando Consuelo, al ceder al deseo de su amante, se ve confrontada por una peculiaridad anatómica que ella desconocía. Sin embargo, para Jorge Rosas esa peculiaridad la define, borrando así todo el resto de su humanidad. Cuando el amante descubre su falta de himen, la cosifica al extremo metonímico que la mata por carecer de esa membrana.

Jorge se acercó y luchó hasta dejar el cuerpo tentador libre de la inutilidad de algunas ropas. Entonces sucedió lo portentoso, lo diezmante, lo tantas veces anhelado... El somier, obediente, fue hundiéndose para tomar una quejumbrosa concavidad. Pero imprevisiblemente, sobre la contorsión del placer en agonía, el dolor se posó como una montaña de hielo que contenía los cuerpos... [sic.] Maldición! - Dime quien, dime cuando, dime en donde [sic.]. (Hidrovo, 1927, p. 88)

Consuelo sufre una doble muerte: la primera al entregarse como objeto deseado, ya que el personaje jamás expresa su propio deseo; esta entrega amorosa borra su voluntad y deseo, lo que la lleva a una muerte interior y simbólica, según las formulaciones de Marcela Lagarde en los *Mitos del amor romántico*; la segunda muerte la sufre a manos de su amante.

En la novela *Un hombre y un río*, Rosaura es víctima del cacique del pueblo. El cacique, para vengarse del padre de Rosaura por desobedecer sus mandatos, abusa de ella al hacer uso de su poder. Rosaura presiente que va a ser vista como quien ha deshonrado a su padre, hermano y novio, y por ello se va de casa. Ninguno de estos hombres percibe o valora su humanidad total, y a pesar de que su

desdicha es producto de un acto involuntario, los hombres de su familia se olvidan de la agresión que ella ha vivido. Su padre, una vez que se entera del abuso contra su hija, se preocupa más por la reacción del novio y el hermano de ella y por ubicarse como el motivo central de la venganza, pero no piensa en el dolor de su hija: “ese hijo de perra siempre se desquitó. Porque yo no quise matar al otro (...) ¿Qué dirá Segundo López cuando lo sepa? Valentín ignora todo” (Hidrovo Velásquez, p. 190). Ante este conflicto, Rosaura decide alejarse de su casa. Una vez más, el personaje femenino debe asumir el abuso en silencio, y así queda invisibilizada por su propia decisión.

La invisibilización de las mujeres no las deja verse como sujetos de su propia voluntad. Los personajes aquí no tienen agencia ni presencia, actúan para otros, evidenciando de esta manera lo patriarcal del entorno. Ese poder patriarcal lo asumen los autores de estas novelas, todos ellos hombres manabitas que dejan ver con claridad que son también producto del machismo de la época.

### **Biología y destino**

La relación que estas novelas insinúa entre biología y destino evidencia un determinismo de género. Las situaciones que enfrentan los personajes citados no pueden ser evitadas por ellos, son consecuencia del entorno natural y del machismo que persiste en sus relatos. Un entorno que los lectores manabitas reconocen como verosímil y que se constata en el falocentrismo de la campiña manabita. En relación con ello, la mujer vive el mundo desde su cuerpo. El hombre también lo hace, pero la diferencia está en que para el hombre su vida no termina ahí, pero sí lo es para los personajes femeninos de estas narrativas quienes sufren su destino desde lo corporal. Ellas no disfrutan el gozo de su cuerpo del que están aisladas.

Las mujeres ficcionales de estas novelas son retratadas como cosas, fragmentos de persona; no tienen la mínima oportunidad de ser consideradas en la totalidad de su humanidad. Ellas enfrentan momentos de dolor y humillación sin articular su reacción: la única posibilidad de reacción es el silencio. En estas narrativas las mujeres violentadas no tienen ninguna voz. El determinismo de su cuerpo deseable las convierte en objeto para la satisfacción del hombre.

### **La mujer como sujeto**

Una excepción es el caso de Panchita Mieles de *La mula ciega* quien, como personaje, resulta inverosímil y, por tanto, confirma no solo la invisibilidad sino, en este caso, la imposibilidad de una mujer con agencia.

La fantasía del autor retrata a Panchita Mieles, una mujer diferente quien disfruta de su cuerpo al saberse deseada. Enfrenta su destino con lo que la naturaleza le dio: belleza y cuerpo. Panchita no tiene temores, no obedece a nadie, solo al sacerdote del pueblo, a quien considera su amigo y confesor. El cura

quiere ayudarla y llama al padre para pedirle que apoye a su hija. El padre le contesta: “Esa hija mía ya murió (...) No se ha arrepentido de lo que ha hecho. No me ha pedido perdón” (Castro, p.166). Asumiendo el honor masculino desde la vicariedad patriarcal por la cual el prestigio del hombre depende de la honradez de la mujer, el padre de Panchita la encuentra culpable de la deshonor de él. Por otro lado, el sacerdote cree que lo mejor es enviarla a un internado, porque anda como diablo suelto: es una amenaza tanto para ella como para todo el pueblo. Sobre todo por la naturalidad –inverosímil- con que ella asume su sensualidad femenina y la hace evidente. Sabemos que Panchita, asesorada por el cura, escribía en su diario lo que le sucedía. En este registro de su acontecer escuchamos las palabras de seducción de un enamorado, discurso que Panchita hace propio:

Me dijo que yo era como una flor, me dijo que yo era como una fruta madura, que los dioses me habían puesto en el mundo para que las gentes se alegren viéndome, como se ven los paisajes bonitos, que yo era como un sol de belleza y que no debía ser mezquina con mis gracias. (Castro, 1970, p.170)

Estas palabras la seducen por lo cual se deja ver desnuda y se exhibe sin ceder a sus deseos sexuales, mientras sus admiradores sufren el éxtasis de su provocación. Según la trama de esta novela, Arturo ve en Panchita los ojos de la princesa de la luz. Sus ensoñaciones se vuelven realidad cuando Panchita al ver que Arturo la mira de manera diferente de los demás hombres, accede a habitar el ensueño de Arturo, extremo del amor romántico poblado por castillos, princesas y príncipes:

Sí. No había ninguna duda. Panchita se parecía mucho a Iris. Y ¿si fuera en verdad Iris? ¿Por qué no podían serlo? El mundo estaba lleno de misterios. Quizás Panchita era Iris y no lo sabía. (...) ¿Cómo haría para encontrarse con Panchita a solas y volver a vivir, en la vida real, las distintas fases del sueño que tanta impresión le había causado? ¿Y si Panchita no quería? Tenía que querer porque si no, no era Iris. (Castro, 1970, pp.136-37)

Para Arturo, Panchita era ese sueño anhelado, ese sueño que deseaba, y lo describe en la novela cuando dice: “Panchita era un sueño hecho carne, pero a la vez era la carne de su sueño” (Castro, 1970, p.227). Esta narrativa deja ver una vez más que el amor romántico lleva al personaje femenino de esta novela a renunciar a su deseo y agencia. Se vuelve objeto o comodín de los sueños del otro. Panchita, quien empatiza con las fantasías de Arturo, se da cuenta de que había cometido un error; pero es demasiado tarde, se había debilitado y mueren juntos por el aislamiento al cual Arturo la condenó. Panchita, como personaje central en esta obra, resulta ser la encarnación de las fantasías del autor, quien no se preocupa de construir su verosimilitud.

## Deseo y objeto

Las mujeres de las obras analizadas son producto de patrones culturales impuestos, sus vidas se construyen a partir del sometimiento y subordinación de lo femenino al orden masculino, situación que trae consecuencias. Es importante resaltar que estas novelas son muy populares en Manabí. Sus autores retrataron realidades y aunque las ficcionalizaron, influyen en los lectores *desnudos* que leen sus obras. Por lectores *desnudos* quiero decir aquellos que no anteponen la distancia entre realidad y ficción y se entregan sin ropaje literario a creer la verdad que la novela propone. Es decir, las personas creen en la verdad de las mentiras, en un giro perverso como lo expresa Vargas Llosa en *La verdad de las mentiras*.

En el Ecuador, las mujeres urbanas vivimos un proceso histórico y hoy en día se aplican leyes que antes eran sólo letra muerta. En la ciudad tenemos acceso a la educación, al mundo laboral, a empleos, a la participación política; sin embargo, la realidad del campo manabita es otra. Y es ahí donde me preocupa la popularidad e incidencia de estas novelas.

Si la literatura persiste en refrendar costumbres atávicas, el imaginario tanto de hombres como de mujeres persistirá en un pasado equívoco. Ana María Goetschel dice al respecto: “Los hombres hacen las leyes y las mujeres las costumbres” (Goetschel, 1999, p.34). En relación con estas palabras, las costumbres que estas novelas retratan perpetúan el estereotipo de la campiña manabita, en el que el hombre sigue siendo un patriarca y la mujer el objeto de deseo y la cuidadora del hogar. Y aunque no tenemos manera de comprobar si los campesinos leen ese retrato de sus costumbres, no es desafortunado suponer la apropiación del estereotipo.

A partir de esto, la mujer desde el hogar preserva la costumbre en la que el hombre, jefe de familia, es la máxima autoridad y la mujer debe someterse y aceptar sus decisiones, invisibilizando de este modo sus anhelos y aspiraciones en cuanto difieran del mandato del jefe de familia. Es decir, el falocentrismo supera cualquier deseo personal de las mujeres, está vivo y se evidencia en las costumbres de la sociedad manabita. La igualdad de derechos en una cultura machista como la que impera en el campo de Manabí se queda solo en el discurso. Las mujeres siguen siendo sometidas por el poder patriarcal y, a pesar de que la mujer tiene acceso a la educación, en la mayoría de los casos su educación se queda sólo en el papel. El poder falocéntrico las reduce y les impide la aplicación de lo decretado pero no validado.

Hoy, la gran mayoría de las mujeres urbanas pueden definir su destino, pero para ello requieren tener agencia y moverse en relación con su propio proyecto de vida. Sin embargo, la realidad nos muestra que aún existe una herencia patriarcal, aceptada tanto por hombres como mujeres, quienes siguen reproduciendo los estereotipos femenino y masculino representados en estas novelas.

En una nota positiva quiero compartir una reflexión de Hélène Cixous, que me parece válida para este trabajo:

Imaginemos simultáneamente un cambio *general* de todas las estructuras de formación, educación, ambientes, es decir de reproducción, de los efectos ideológicos, e imaginemos una liberación real de la sexualidad. Es decir, una transformación de la relación de cada cual con su cuerpo y con el otro cuerpo, una aproximación del inmenso universo material orgánico sensual que somos, ya que esto no se puede hacer, por supuesto, sin transformaciones políticas absolutamente radicales (imaginemos). Entonces la “feminidad”, la “masculinidad”, inscribirían de modo muy distinto sus efectos de diferencia, su economía, sus relaciones con el gasto, con la carencia, con el don. Lo que hoy aparece como “femenino” o “masculino” ya no sería lo mismo. (Cixous, 1995, p. 43)

Al concluir mi lectura de estas novelas desde una mirada crítica, he cuestionado la naturalidad con la que acepté, en una primera ocasión, los estereotipos de género representados en estas narrativas. En esta aproximación crítica he encontrado una herramienta útil para desestabilizar ideas fijas en torno a los papeles de género y desde la docencia pensar y proponer una convivencia más cercana a la utopía que plantea Cixous. Una lectura crítica de los textos literarios nos habilita una gran distancia para minar los prejuicios que imposibilitan vivir entre iguales.

### Nota

1. “La presencia de los nombres de mujeres como cacicas implica reconocer que la autoridad no fue potestad de los hombres. Líderes de un pueblo, mujeres y hombres gozaban de ciertos privilegios al momento de asumir la autoridad de un pueblo”.

### Bibliografía

- Castro, Oswaldo. *La mula ciega*. Madrid: Editorial Cruz del Sur, Colección Luna Llena, 2004.
- Cixous, Hélène. *La risa de la medusa*. San Juan: Universidad de Puerto Rico: Editorial del Hombre, 1995.
- Cixous, Hélène. *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia*. 3ª edición. España, 1999.
- Goetschel, Ana María. *Orígenes del feminismo en el Ecuador*. Quito: Abya Yala, 1999.
- Hidrovó Velásquez, Horacio. *La mujer que nació así*. Guayaquil: Imprenta Gómez, 1927.
- Hidrovó Velásquez, Horacio. *Un hombre y un río*. 7ª edición. Portoviejo (Ecuador): Editorial Gregorio, 1957.
- Lagarde, Marcela. *Los cautiverios de las mujeres: Madresposas, monjas, putas, presas y locas*. 2ª edición. México: UNAM, 2005.



Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte, 1984.  
Regalado, Libertad. *Indigenismo e identidad*. Inédito. 2014.

